

De las ruinas costeras peruanas a las sorpresas andinas

Después de dejar los sitios históricos alrededor de Chiclayo, decidimos que era hora de intercambiar ruinas por naturaleza. Nuestra siguiente parada fue la Reserva Ecológica Chaparrí, una zona de conservación en el norte de Perú. Lo que hace a Chaparrí realmente extraordinario, es que es la única reserva privada del país, gestionada por la comunidad local. La reserva toma su nombre del dramático monte Chaparrí que se extiende sobre el paisaje.

Nuestra principal motivación para explorar la zona era buscar al oso de anteojos. Llegar a la reserva fue toda una aventura. Nosotros, de forma insensata, decidimos seguir Google Maps en lugar de las señales en la carretera y después de unos 30 minutos manejando por carreteras destapadas, estábamos en la mitad de la nada hasta que encontramos un pequeño campamento de chozas y un hombre nos dijo que estábamos sin duda... ¡perdidos!

Volvimos a la carretera principal y siguiendo las señales de tráfico, encontramos una pequeña tienda donde conocimos a Freddy.



Para entrar a la reserva, necesitábamos un guía, algo que normalmente no nos gusta hacer porque preferimos explorar libremente. Pero no teníamos otra opción y, después de haber manejado hasta allí, no queríamos perder la oportunidad de ver al oso andino. Mirando bien ahora, nos alegramos de haber tenido que tener un guía porque aprendimos mucho de él. Freddy era un muchacho local que estudiaba en la universidad y trabajaba en su tesis. Nos dijo que estaba estudiando formas de aplicar una forma de "biometría", pero no en el sentido humano, sino como un sistema para entender la línea y los grupos familiares de los osos. Su pasión por la naturaleza era evidente.

Freddy nos contó cosas que nunca habríamos descubierto por nuestra cuenta. Por ejemplo, descubrimos que Palo Santo es un árbol que se comporta a lo contrario de los árboles que conocemos. Donde vivimos, los árboles pierden sus hojas con el frío; en Chaparrí, las pierden en la estación seca como estrategia de supervivencia. Palo Santo también tiene una larga tradición de ser utilizado para la sanación y la protección de hogares.

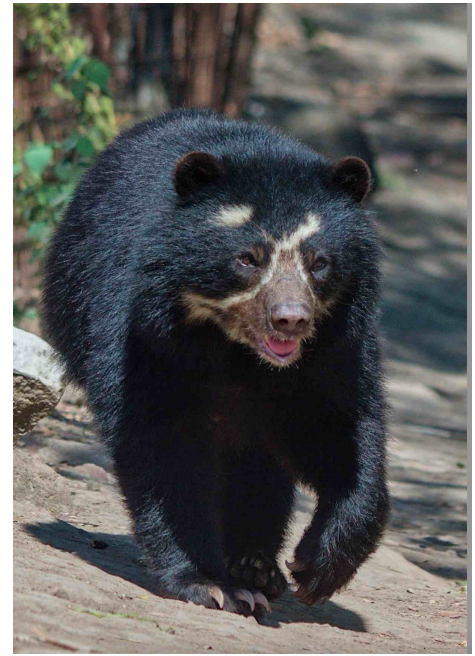


Otro árbol, aún más fascinante, es el Pai Pai. Su tronco se parece a un hueso humano y, si te fijas bien, parece que se conecta a través de articulaciones con otros árboles. Freddy explicó que en la antigüedad, la gente realmente usaba este árbol para ayudar a curar fracturas óseas, un recordatorio de que, antes de la medicina moderna, la naturaleza era la farmacia.



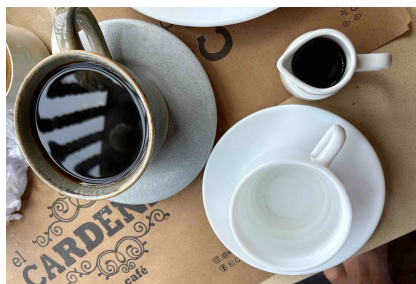
También nos encontramos con aves preciosas, ciervos, un zorro, serpientes y, sí, vimos osos de anteojos. Algunos estaban en semi-cautividad como parte del trabajo de rehabilitación de la reserva, pero una osa y su cría eran completamente salvajes, y andaban libres.

La observamos después de que bajara de un árbol de mango. Ver un oso en su hábitat natural, no detrás de una jaula de zoológico, era justo lo que buscábamos. La curiosa osa seguía caminando hacia nosotros, y Freddy no paraba de decirnos que nos apartáramos, ya que uno de nosotros – el más imprudente de los dos, ¡tú decidirás quién era! – quería acercarse lo máximo posible a esta criatura inocente, curiosa y adorable.



Una de las partes más impactantes de nuestra visita fue escuchar cómo surgió Chaparrí. Freddy compartió que la creación de la reserva había sido una controversia total. Durante generaciones, muchos habitantes locales cazaban en estos bosques, y la idea de proteger la tierra se encontró con fuerte resistencia e incluso amenazas. Las personas que soñaban con crear la reserva eran presionadas, acosadas y, en algunos casos, amenazadas directamente por quienes temían perder el acceso a los terrenos de caza. La propia familia de Freddy vivió este conflicto. Su abuelo era cazador y se oponía firmemente al plan de conservación, mientras que Freddy y su madre, que apoyaban la creación de la reserva, se enfrentaban a amenazas por esto. Freddy nos cuenta que las cosas han cambiado e incluso su abuelo ha cambiado de opinión.

Desde Chaparrí manejamos hasta Trujillo, y nuestra primera parada fue la Plaza de Armas. Mientras estábamos allí contemplando la arquitectura y la energía de la ciudad, nos dimos cuenta de algo interesante: en Perú, cada pueblo/ciudad tiene una Plaza de Armas – ese es el nombre de la plaza principal. A diferencia de otros países donde las plazas principales tienen nombres diferentes. En Colombia, por ejemplo, donde muchos pueblos tienen una Plaza Bolívar, no todas las plazas centrales principales de la ciudad tienen el mismo nombre. En Perú, el nombre siempre es el mismo, un pequeño pero fascinante detalle que refleja la historia colonial del país y sus patrones culturales.



Mientras disfrutábamos de la plaza, descubrimos algo nuevo sobre el café: Café Pasado. Pedimos café y nos sirvieron una infusión fuerte y concentrada, nada diluida, y una taza de agua hirviendo. Resulta que depende de ti añadir agua y ajustar la intensidad a tu gusto. Es un concepto tan sencillo, y una vez más, nos dimos cuenta de que algo tan básico como tomar una taza de café depende de la cultura local y puede ser muy único de un lugar a otro.

Mientras estábamos en Trujillo, visitamos otro sitio arqueológico monumental: Chan Chan, la metrópolis de adobe que en su día fue la capital de la civilización Chimú, mucho antes de que los Incas la conquistaran.



Caminar por sus enormes ciudadelas era como entrar en un laberinto de muros color arena y diseños geométricos. La ciudad estaba dividida en nueve complejos, cada uno reflejando un nivel de vida social y política. Nuestro guía explicó cómo los Chimú crecieron a partir de culturas anteriores como los Moche y más tarde pasaron a formar parte del Imperio Inca. Chan Chan aún conserva la esencia de su pasado: patrones de olas y peces tallados en las paredes, plazas ceremoniales y tallas con cosmología antigua.



Después de unos días en Trujillo, desde la costa desértica, comenzamos el largo viaje tierra adentro hacia los Andes, tomando la ruta pintoresca y mucho más larga por el Cañón del Pato. Muy rápido, el paisaje se transformó: las dunas se desvanecieron y las montañas rocosas se alzaron repentinamente a nuestro alrededor. La carretera se estrechaba en caminos dramáticos en los acantilados. Nos encontramos manejando por carreteras extremadamente estrechas, destapadas y de un solo carril, atravesando túnel tras túnel tras túnel tras túnel tras túnel...



A veces, cuando la carretera giraba o se acercaba un túnel, veíamos el aviso "toque claxon", y tocamos el claxon en cada entrada de túnel. Fue divertido hasta que llegamos a Lima – alerta de spoiler – ¡donde todo lo que se oye son pitos de carros! Mientras manejamos, nos encontramos con varios bloqueos por obras en la carretera. Mientras esperábamos a que los trabajadores nos dejaran pasar, no bajábamos y contemplábamos la vista del Río Santa y las montañas a nuestro alrededor.

Mientras continuábamos, casi hipnotizados por el constante cambio en las montañas, esta vez notando el cambio de roca seca a laderas verdes, veíamos los lejanos picos blancos de la nieve de la Cordillera Blanca, la cadena montañosa tropical más alta del mundo.

Cuando llegamos a nuestro destino, un hotel boutique a unos diez minutos de Huaraz, sentimos como si hubiéramos cruzado un continente entero en un día. Era Acción de Gracias y nuestro noveno aniversario, así que nos dimos el capricho de un alojamiento agradable con unas vistas increíbles de la Cordillera Blanca. Desde nuestra puerta pudimos ver Huascarán y Huandoy – otra montaña de múltiples picos junto a Huascarán, y el nombre de nuestra habitación para dos días inolvidables.



Entramos al Parque Nacional de Huascarán solo para probar un poco de este sitio, sabiendo que volveríamos de regreso al norte para explorar más a fondo este paraíso. Esta breve visita nos dejó maravillados por la grandeza de las montañas y el cielo siempre cambiante que parece bailar con ellas.

Con Taco Libre haciendo todo el trabajo duro, los tres mosqueteros subieron las montañas hasta el Túnel Punta Olímpica, a unos 4,800 metros. Mientras subíamos por las carreteras sinuosas, cada giro y curva cerrada nos traía una nueva sorpresa. El cambio constante con las nubes y el sol hacía que pareciera que la montaña cambiara de ropa: a veces llevaba un sombrero en la cabeza, a veces tapándose la cara con timidez y otras mostrando todo su esplendor con nada más que el sol brillando sobre ella.



En la entrada del túnel, conocimos a un hombre local llamado Manuel, que vive en Chacas, el pueblo al este de la entrada del parque nacional. Insistió en que probáramos su café y se ofreció a tomarnos fotos y hacer vídeos, esos momentos de Instagram. Acabamos pasando entre 15 y 20 minutos con él, charlando sobre nuestros viajes y probando una de sus especialidades: Torta Olímpica, una deliciosa torta de frutas hecha por el propio Manuel. Los sabores, como las montañas que nos rodeaban, son inolvidables: mágicos, locales y llenos de carácter.

10 de diciembre del 2025

